

HOMENAJE AL RECTOR FUNDADOR, DOCTOR EDUARDO MORALES MIRANDA Y  
A LOS CUARENTA AÑOS DE LA UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE

(Jueves, 15 de septiembre, 1994)

Discurso del Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, profesor Juan de Dios Vial Correa.

Por una casualidad que estimo feliz, me ha tocado en esta ocasión presidir accidentalmente el Consejo de Rectores, y por eso me corresponde dirigirme a ustedes en este acto de homenaje a los cuarenta años de la Universidad Austral de Chile, a la cual le dirijo en nombre de sus instituciones hermanas el más cordial afectuoso y optimista de los saludos.

Como universitario, como profesor no puedo dejar de asociar la notable trayectoria de esta Universidad, a la fisonomía espiritual de su fundador y primer rector, el Dr. Eduardo Morales Miranda. Y no quiero ocultar mi emoción, de tener hoy día la ocasión de evocar el testimonio que Eduardo Morales le dio a nuestra generación de jóvenes docentes. Aquí en esta ciudad se ha consolidado una obra universitaria. Aquí se ha configurado un cambio decisivo en la cultura de toda una porción del país. Aquí se ha hecho algo creativo, de lo cual nosotros no podemos realmente tomar conciencia sino en algunos momentos en que tomamos perspectivas.

Yo recuerdo, después del terremoto del 60, cuando nos preguntábamos un poco angustiados en Santiago, bueno ¿y qué queda en Valdivia?. Y la respuesta era: queda la Universidad, porque la Universidad era ya el sello, la corona, la fisonomía de la ciudad.

Hoy después de tantas experiencias eso resulta claro. Pero ¿qué cosa era esto cuarenta años atrás?. La verdad es que parecía una locura. Para nosotros, los del Centro -los del Norte como dicen por acá-, Valdivia era una ciudad alejada, a la que no había ni siquiera un camino pavimentado para llegar desde el Centro; una ciudad alejada y aislada. ¿Cómo podía ambicionarse, cómo podía pretenderse que aquí resultara algo que en otras partes más beneficiadas, resultaba difícil y laborioso?. ¿Cómo podía pretenderse que aquí se hiciera una universidad?.

Pero es evidente que había una honda inquietud social, un deseo de más, un deseo de hacer una universidad, de hacer una obra de cultura y ese deseo encontró eco y resonancia en el ánimo de un hombre excepcional. Y ese deseo no era exótico en Chile, aunque a veces tendemos a olvidarlo. Porque si hay una cosa que caracteriza a nuestro país, a su loca geografía, a sus difíciles accesos, a sus regiones aisladas, es la fecundidad cultural que ellas han tenido.

El año pasado lo evocábamos en la Universidad de Concepción. También Concepción fue en su hora una creación original de la región, porque la región quería una superación cultural y hacer una contribución en verdad a la humanidad y tenía y abrigaba un proyecto educacional.

Y eso que se dio en Valdivia y que se dio en Concepción no era una cosa nueva, inesperada. Conversaba un momento antes de esta reunión con el rector de la Universidad de Concepción para que me refrescara la memoria. Casi 200 años antes de la Universidad de Concepción, antes de un rector que trabajó en Talca y trabajó en Concepción y que se llamó Enrique Molina, había existido un hombre que era el Abate Molina, que estudió en Concepción y en Talca y fue una lumbrera universal, porque la región tiene una vitalidad, una fuerza que le viene a lo mejor de su propio carácter un poco recoleto, que la lleva a considerar de un modo más contemplativo y más profundo las realidades cotidianas, de un modo menos afanoso y pretencioso de lo que se suele dar en otros sitios.

Pero aquí en esta ciudad de Valdivia, este ímpetu regional de hacer algo, de hacer algo nuevo, alcanzó un nivel de grandeza verdaderamente desafiante. Porque, me atrevería quien sabe a decirlo, se hizo aquí una Universidad contra Santiago, contra el estilo de Santiago. Una Universidad que quería deliberadamente un sello nuevo, porque el hombre que la fundó y la impulsó quería un sello distinto; no quería una uniformidad burocrática, no quería que nos pareciéramos todos. Quería que tuviéramos una fisonomía distintiva y en eso estaba, en esa fisonomía que se daba en el trabajo cotidiano, en la forma de hacer los edificios, en la forma de estructurar los programas, en la forma de abordar el problema estudiantil, en la forma de abordar las residencias estudiantiles, en mil detalles; en eso, en estos detalles, si se quiere concretos, materiales, estaba el sello de una obra espiritual de vasta magnitud, porque nosotros sumergidos en los prejuicios académicos, tendemos a olvidarnos de esa cosa tan sencilla de que lo espiritual es concreto.

Una Universidad que nació para demostrar una fuerza creativa, para mostrar que las cosas se podían hacer de otra manera. Y que en cierta forma había que tratar de hacerlas cada cual de su manera. Y entonces ¿había que recurrir a la Academia santiaguina, a los profesores santiaguinos, al establishment intelectual del país. No. Y se fue a buscar profesores brillantes en Alemania. ¿Y cómo atraer a los profesores alemanes, a este rincón alejado del mundo? Probablemente mostrándoles las fotografías de los hermosísimos chalets con una vista de sueño en la Isla Teja, que al alma alemana le decían algo que no podía desoír. Y llegaron aquí, llegó un grupo de profesores alemanes y un grupo de profesores alemanes que en su carrera ulterior demostraron ser de los mejores científicos de Europa. Hombres como Ernst Kilian, honraron esta Universidad y esta Universidad se honró de haberlos sabido escoger en los días de su juventud.

¿Una Universidad entonces dispersa, tímida en la ciudad, armada entre los edificios, aprovechando los edificios viejos de Valdivia?. ¡No! Eso era un paso inicial inevitable, pero no era lo que se quería. Se quería dar el paso audaz de un Campus en la Isla. Un Campus en la Isla...Las palabras del rector Max-Neef al recordar el destino universal de la Universidad, me hacen pensar en otra isla, de hace 600, 700 años atrás, la Isla de los Reyes, la Isla del Sena donde se edificó y se inició la Universidad de París de forma más modesta, por cierto, que la propia Universidad Austral de hace cuarenta años. Y me acuerdo de las palabras con que hacía el elogio de la Universidad de París, Guy de Bazoches, palabras que se conservan en el Cartulario de la Universidad y que aludían a la Isla, en otro río, en otro continente, pero en un mismo espíritu, y decían "In hac insula regale regnat sola philosophia solo comité contenta studio": "en esta Isla de Reyes reina la sola filosofía, acompañada solamente por el "studium", o sea solamente por el grupo organizado de maestros y discípulos. Y eso era el studium generale de la universidad medieval, que era generale porque valía para todo el mundo, generale in respectu ecclesiae, generale in respectu regni, in respectu imperii y en el estudio general porque lo que allí se impartía era algo válido para la ecumene occidental, que es un sentido que hemos olvidado de la universidad y que está bien que lo recordara el rector de esta Universidad en este aniversario porque las universidades son para la humanidad.

Una Academia abrigada y tranquila como la que aspirábamos nosotros los académicos de otros climas, no era tampoco lo que quería Eduardo Morales Miranda. Y allá nos llegaban los relatos de un rector, de un rector que en la madrugada bajo la lluvia torrencial de Valdivia, cubierto con su poncho, controlaba la hora de llegada de alumnos y profesores. ¿Y dónde lo hacía?. No en los grandes edificios monumentales cuyas construcciones se arrastraban por años, años y años, sino que haciendo un verdadero desafío montó una universidad en un Campus en pocos meses, montándola en construcciones prefabricadas lo que en ese instante pareció una blasfemia porque las universidades necesitaban columnas y ésta no tenía columnas, era una universidad sin columnas y eso era una profanación al prejuicio y era una exaltación del espíritu.

¿Una universidad, entonces, admitida y aceptada por el sistema de ser complaciente, por el sistema de adaptarse, de acomodarse -de acomodarse diríamos, hoy día, a las exigencias del mercado- o de acomodarse, perdónenme, a las directivas del Ministerio?. ¡No! Era una universidad que se acomodaba nada más que al impulso que brotaba de su propio interior, una universidad fraguada en la lucha, pero no en una lucha estéril, en una lucha material, en una lucha por bienes materiales, sino una lucha espiritual contra el establishment. ¿Una universidad que tuviera su origen verdadero en un decreto, en una escritura pública?. ¡De ninguna manera!. Una universidad, por el contrario, hecha de un designio educativo, ajena a esa tendencia uniformadora y estandarizadora. Y recuerdo como en la modesta mesa de almorzar de Joaquín Luco en su laboratorio, escuchábamos a Eduardo Morales hablarnos de una universidad en que se juntaran el trabajo y el estudio, de una universidad que realmente formara una juventud y no se contentara con una información superficial. Una universidad hecha en

el desafío, en el combate, hecha contra los golpes del destino y del prejuicio. Eso es lo que quería y yo creo que eso es lo que logró -y con todos los avatares, y todos los sufrimientos y todo lo que haya podido significar de sufrimiento para él mismo-. Es lo que ha sido esta Universidad, es lo que ha podido y aspirado en sus mejores momentos hacer esta Universidad, recibiendo los golpes de la vida y devolviéndolos.

Y al verla así y al ver a su fundador y al recordar la obra y la trayectoria y tantas ilusiones que seguramente han tenido que dejarse en el camino, y tantos esfuerzos que han parecido en vano y tantas personas que han sufrido del conflicto, de la dificultad, de la incertidumbre, para conseguir esto, sin embargo que es un servicio a la nación y al mundo; uno piensa que ese es el destino de las grandes obras colectivas y no puedo dejar de evocar las palabras con las que canta Virgilio en "La Eneida" la fundación de Roma "Tantae molis erat romanam condere gentem". "Era un asunto de tanto trabajo llegar a fundar al pueblo romano".

Esa fundación que estoy evocando eran tiempos de belleza para la evocación. ¿Cómo no nos habíamos de sentir hermanos, los que queríamos hacer, peor probablemente, lo mismo?. Anoche recordaba conversando con unos amigos, a este propio profesor de anatomía que les habla, arrastrando los cadáveres a hombro del primero al segundo piso de nuestra Escuela para llevarlos al aula de disección y no rehusándose a ese trabajo, porque ese era el precio de dedicarse a la universidad, ese era el costo de hacer investigación, el costo de hacer ciencia, de instalar la ciencia en este país, el costo de hacer una vida fecunda y no contentarse con una vida de rutina. ¡Qué orgullo sentíamos de hacer algo y de hacer mucho en verdad, con tan poco!. Y como mirábamos la figura ejemplar de Eduardo Morales Miranda, como una figura señera que nos marcaba un rumbo, que nos marcaba un camino, y que nos decía que nuestro propio camino no era erróneo.

Y esto fue entonces una creación propiamente original. Original significa que está plantada en el origen de las cosas, en el origen de la obra intelectual. Original significa la respuesta a un reto, a un desafío, que lo lleva a uno a despremiar la apariencia, a hundir la mano bajo la costra de las apariencias muertas para ir allí a recuperar el sentido de los actos del hombre. Y aquí se hizo un esfuerzo por recuperar el sentido de la acción universitaria.

La Universidad tuvo un lema "Libertas Capitur", "La Libertad se Conquista". Y ese lema dice mucho, porque la libertad no es un arbitrio, no es un capricho, no es la facultad de hacer lo que me dé la gana; si eso fuera la libertad, la verdad es que no valdría la pena, no sería digna del hombre. La libertad, es la facultad maravillosa de adherir conscientemente a la verdad creada o encontrada. Es la facultad, entonces, de entregarse, de donarse a lo que la inteligencia le revela, de donarse por entero y sin reservas. Y por eso es la más hermosa de las facultades. Y quien no ha conocido la belleza de entregarse a la verdad, no ha conocido en verdad la alegría de vivir. Por eso la libertad no se encuentra como una cosa en la orilla del camino, con la libertad

no se tropieza en ninguna parte: la libertad se conquista. Y aquí al crearse esta obra original, esta cosa auténtica, se conquistó la libertad.

Espero que se comprenda y se disculpe, mi entusiasmo y mi emoción al encontrarme con un trozo ardiente y predilecto de mi propia juventud. Aquí junto a Eduardo Morales Miranda, vengo a ver como actuales, como reales, los sueños de mi juventud, y veo que tantas cosas como de estuco, cosas adheridas, cosas adventicias, se desvanecen porque no tienen consistencia, no tienen valor. Lo que fue determinante en las vidas de toda una generación, recobra de improviso realidad, los sueños de la juventud se muestran más firmes que las pequeñas realidades de la vida cotidiana. Y porque estoy en la tierra de Anwandter y Prochelle, me atrevo a decirlo mejor que lo que podría decir yo, en las palabras del más grande de los poetas alemanes, Goethe, en el prólogo del Fausto:

"Und mich ergreift ein längst entwöhntes Sehnen,  
Nach jenem stillen ernsten Geisterreich,  
Was ich besitze sehe ich wie im Weiten,  
Und was verschwand wird mir zu Wirklichkeiten"

("Me coge una nostalgia a la que ya no estaba acostumbrado, por aquel mundo de lo espiritual, serio y silencioso; lo que hoy día poseo lo veo como distante, lo que se desvaneció se me hace realidad").

La presencia de Eduardo Morales y la presencia de su obra, nos traen nuestros sueños y nos muestran lo mejor de lo que hemos sido o aspirado a ser. Y por eso ellos nos interpelan como Consejo de Rectores, nos convocan a la misma ruta de originalidad y creación y nos muestran a nosotros mismos tal como quisiéramos ser: solidarios de una gran responsabilidad, comprometidos juntos en una gran tarea, convocados a la originalidad laboriosa y concreta de las cosas del espíritu; convocados entonces a una misión a la que no nos podemos sustraer.

Por tantas cosas de ayer, que el país le debe. Pero también por esta pequeña oportunidad para pensar a la luz de su propia obra en lo que debería ser la nuestra, es que quiero expresarle al doctor Morales nuestra permanente e inalterable admiración y gratitud.

Muchas Gracias.